



Desde
10
años

PLANETA

ROJO

LOS 7 ENCUENTROS

CAROLINA JAIMES BRANGER

ILUSTRACIONES DE DOMINGO OROPEZA BELLO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: Departamento de Diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Domingo Oropeza Bello

Ilustración de cubierta: Domingo Oropeza Bello

© 2013, Carolina Jaimes Branger

© 2013, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3459-9

ISBN 10: 958-42-3459-5

Primera impresión: abril de 2013

Segunda impresión: diciembre de 2013

Tercera impresión: julio de 2015

Cuarta impresión: febrero de 2016

Quinta impresión: agosto de 2016

Sexta impresión: enero de 2017

Séptima impresión: junio de 2017

Octava impresión: febrero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

DEDICATORIA

A Luis Alberto Machado

Para mí, la dedicatoria más hermosa, más conmovedora, la dedicatoria por antonomasia, es la que le hizo Antoine de Saint-Exupéry a su amigo León Werth, al comienzo de su libro *El Principito*. Como Saint-Exupéry, yo también quiero pedirles perdón a los niños por haber dedicado este cuento para niños a una persona mayor. Como Saint-Exupéry, yo también tengo mi motivo importante para ello: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Como Saint-Exupéry, tengo otro motivo, además: esta persona mayor puede entenderlo todo, hasta los libros para niños. Como Saint-Exupéry, tengo, aún, un tercer motivo: esta persona mayor me enseñó que tengo que buscar mis sueños, dondequiera que ellos se encuentren. Como Saint-Exupéry, pues, yo también quiero rehacer mi dedicatoria:

Al niño que vive en Luis Alberto Machado

CAROLINA JAIMES BRANGER (biografía)

Es Ingeniera de Sistemas de la Universidad Metropolitana de Caracas, Venezuela. Realizó estudios de postgrado en Historia del Arte y obtuvo un Máster en Educación en la Universidad de Harvard. Es profesora de Matemáticas y Cálculo. Escribe artículos de opinión en *El Universal*, 11 diarios de provincia y 4 medios digitales. Tiene amplia experiencia en radio y televisión. Actualmente conduce el programa “Carolina en Éxitos” por el Circuito Éxitos de Unión Radio. Es Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua Española, *Cavaliere dell’Ordine al Merito* y *Commendatore della Stella della Solidarietà* de la República Italiana. Pertenece a las Juntas Directivas de las Fundaciones Conciencia Activa, Espacio Anna Frank y del Instituto Venezolano Israelí. Fue miembro del Consejo Superior de la Universidad Metropolitana entre 2002 y 2008, Rectora Suplente del Consejo Nacional Electoral entre 2003 y 2006 y Directora de la Fundación Unión Radio entre 2008 y 2010.

ÍNDICE

Prólogo	11
La casa	15
El primer encuentro	19
El segundo encuentro	29
El tercer encuentro	39
El cuarto encuentro	47
El quinto encuentro	59
El sexto encuentro	71
El séptimo encuentro	85
La casa	97

PRÓLOGO

¡ Menuda aventura hacer un prólogo! Hay que contener, a como dé lugar, la tentación de contar lo que leímos en primicia, lo cual sería una falta de respeto con los lectores porque les develaríamos lo que ellos tienen derecho a recrear en su lectura. Este texto de Carolina Jaimes Branger es particularmente original para presentar y... ¡de veras que provoca contarlo!

Calificado como un libro para niños tiene la facultad de encerrar varios niveles de lectura, condición que lo inserta en la polivalencia de la palabra dimensionada como literatura. Está escrito para “el niño que vive” no sólo en Luis Alberto Machado, como reza la conmovedora dedicatoria, sino para el niño que vive en quienes, al igual que Andrés, uno de los protagonistas, se han dispuesto a experimentar la existencia a plenitud desde la sensorialidad y la afectividad.

Explorar, conocer y reconocer lo que percibimos más allá de los sentidos es lo que permite explorar, conocer y reconocer lo que sentimos en relación al “yo” existente

y trascendente; en relación a lo que nos rodea: esos “otros” que van desde las personas hasta las micro y macro partículas del cosmos infinito y en la interrelación entre nuestro “yo” y “los otros”. La integración nos-otros es la conciencia de la afectividad y la base de la conciencia moral que nos distingue como seres hechos a imagen del Creador. Por eso la más aleccionadora frase del planeta y eje de la convivencia universal es “ponerse en el lugar del otro”. Parece simple y hasta suena a lugar común, pero esa frase encierra la más auténtica sabiduría ancestral del ser humano y es el origen del derecho natural, de todos los decálogos religiosos y de todas las leyes. Carolina hace de este principio el hilo conductor de la errancia lúdica de dos niños de 11 años: Andrés y Tina.

Los siete encuentros de Andrés constituyen una odisea por el camino de los sueños, paralelos simbólicos de una cotidianidad sin ataduras ni convencionalismos. Para percibir, interpretar y expresar el mundo desde el alma y el corazón, como propone Carolina en estas páginas, hay que profesar el convencimiento y la certeza de que sueño y realidad son una misma esencia. Así y sólo así podemos ver con los oídos, oír con el tacto, oler con los ojos y saborear los colores, los destellos y las sombras. Es el paradigma que enlaza a Andrés con Tina, el ángel abrazado por la luz. No puedo dejar de contrariarme con la frase, escuchada continuamente a muchos niños y adolescentes que conozco: “estoy aburrido”, “estoy fastidiado”, que son precisamente las palabras que Carolina

pone en boca de Andrés antes de iniciar sus “encuentros.” En la medida que avanza el periplo de aprendizaje (que acertadamente no es ni moralista ni moralizante) aparece un conjuro para combatir el aburrimiento, se trata de la sentencia “amar lo que se hace”. La polilectura se abre en todo su espectro: permeará de alguna forma en el niño o en el adolescente lector y a los adultos nos dará qué pensar. Carolina, fiel a los principios que expresa, ama lo que hace. Y nos lo muestra y nos lo refleja. Y nos permite amarlo. Tina es uno de los “haceres” de Carolina. Lo sabemos y lo admiramos.

Cuando lean la última línea de este libro estarán de acuerdo conmigo y me agradecerán no haberles adelantado lo que sucede en los cuentos...

Rosario Anzola Abril, 2008



LA CASA

Andrés tenía once años, grandes sueños y una enorme sed de aventuras. Así como deseaba enfrentar piratas y descubrir tesoros, quería ser astronauta para llegar hasta Titán, uno de los satélites de Saturno, el único del Sistema Solar que tiene atmósfera. Soñaba también con descubrir la cura para alguna enfermedad. Pensaba también escribir una gran obra de literatura,

ser un deportista de excepción, y por qué no, hasta un cantante famoso. Pero el hecho real es que Andrés, esa tarde, estaba fastidiado. Apenas habían comenzado las vacaciones y Andrés ya quería volver al colegio.

Había pasado la tarde sentado en la acera, viendo descargar un camión de mudanzas en la casa vecina. Su mejor amigo, compañero de colegio, su vecino de toda la vida, se había ido a vivir a otro país. Justo ahora que comenzaban las vacaciones.

—Andrés, entra —lo llamó su mamá. Andrés caminó hacia la casa arrastrando los pies, como hacía siempre que algo lo fastidiaba.

—¿Ya sabes quiénes se van a mudar a la casa de al lado? —le preguntó a su mamá cuando entró.

—No, aún no —respondió ella.

—¿No vamos a esperar a que llegue papá para cenar? —preguntó Andrés cuando vio que su mamá se dirigía al comedor.

—No. Llamó hace rato a decir que se tardaría, tiene que pasar a ver a un paciente hospitalizado.

Lo que le faltaba a Andrés esa noche: su papá llegaría tarde. En ese momento, su hermanita Sofía entró corriendo y lo tropezó.

—¡Déjame, Sofía, qué fastidio! —le dijo Andrés, empujándola.

—Andrés, fue sin culpa —dijo su mamá.

—¡Andrés está-a bravo, Andrés está-a bravo, Andrés está de mal humoooooor! —canturreó Sofía, mientras bailoteaba alrededor de su hermano.

—¡Que me dejes, te dije... se te va a aparecer el monstruo Dudino esta noche! —le gritó Andrés.

—¡El monstruo Dudino no existe, el monstruo Dudino no existe, me lo dijo mi papá! —dijo Sofía, mientras seguía bailoteando.

—¡Basta ya, los dos! —dijo la mamá— ¡Ya estás muy grande, Andrés, para pelear con tu hermanita! Sofía le sacó la lengua en un gesto triunfal. Se sentaron a cenar. Andrés apuró la comida. Estaba impaciente y de mal humor. Subió a su cuarto, abrió las ventanas de par en par, se lanzó en la cama y miró hacia afuera. La noche estaba clara. “Voy a ver las estrellas”, pensó. “De pronto, hasta descubro un cometa”. Sacó el telescopio que le habían regalado cuando cumplió diez años. En ánimo científico, pensaba que quizá podría llegar a ser un astrónomo famoso. Su papá le había enseñado que aquella estrella que veía cerca de la constelación de la Cruz del Sur, era Alfa, de la constelación del Centauro, la estrella más cercana a la Tierra. Se imaginó en una nave espacial rumbo al sistema planetario de aquella estrella. En ese momento, una estrella fugaz cruzó el cielo y pasó justo por el medio del campo visual del telescopio. Nunca había visto una estrella fugaz tan de cerca.

—¿Será que estoy de suerte, después de todo? —se dijo en voz alta. Su mamá decía que a las estrellas fugaces se les pedían deseos. Su papá decía que eso no era verdad, que eran tonterías. Pero Andrés pensó que era una ocasión para descubrir quién de los dos tenía razón. Cerró los ojos, apretó los puños, y deseó con vehemencia:

—Deseo, estrella fugaz, deseo tener muchas aventuras. Deseo conocer el mundo. Deseo no estar más aburrido, deseo... ¡salir de esta casa! —dijo Andrés.

EL PRIMER ENCUENTRO

Aguir



Cuando abrió los ojos, Andrés ya no estaba en su habitación. Se encontró en un jardín, en pleno día, donde estaba un anciano con un gran bastón, una barba larga muy blanca y un traje morado. Lo miraba con curiosidad.

—Hola, Andrés, te estaba esperando —le dijo.

—¿Quién es usted?... ¿Dónde estoy?... ¿Dónde está mi casa?... ¡Yo estaba hace un segundo en mi casa, en mi cuarto, viendo por mi telescopio! ¡Quiero irme a mi casa! —gritó Andrés.

—Me llamo Noroc, estás en Aguir y... ¿cómo es eso de que quieres volver a tu casa, si acabas de desear salir de ella?

Andrés cerró los ojos, pensando que si los cerraba y los volvía a abrir, todo aquello iba a desaparecer y él volvería a su cuarto. Pero nada. Al abrir los ojos, estaba en el mismo jardín, era de día y Noroc seguía allí frente a él.

—¡Quiero salir de aquí, quiero irme a mi casa, quiero estar con mi mamá! —gritó Andrés.

—No está previsto que te vayas tan rápido, jovencito. Apenas acabas de llegar —le dijo Noroc.

—¿Qué está previsto?... ¿Quién dice lo que está previsto?... Yo me quiero ir para mi casa.

Andrés seguía gritando, pero esta vez también estaba a punto de llorar.

—No entiendo —le dijo Noroc—. Si lo deseaste ardentemente hace un instante ¿por qué ahora lo vas a rechazar?

—Yo no deseé nada, usted no entiende... sucede que mi mejor amigo, quien además era mi vecino, se mudó para otro país. Además, acaban de empezar las vacaciones, y yo estaba aburrido. Pero de eso a estar aquí, de repente, sin saber dónde está mi casa, sin saber dónde está mi mamá, ni mi papá...—. Andrés no pudo terminar la frase porque se echó a llorar.

—Tú estás aquí porque lo deseaste con toda intensidad. Y antes de volver a tu casa hay cosas que debes hacer y debes aprender —le dijo Noroc con suavidad. Andrés se sintió avergonzado de haberle levantado la voz.

—Yo no quise gritarle, de verdad —dijo Andrés—. Pero me asusta aparecer aquí, de repente, y sentir que no estoy soñando. Fíjese que me pellizco y me duele, y a pesar de ello no me despierto. Créame que no quise gritarle.

Pensó en su mamá. Tal vez a ella también le habría gritado alguna vez. Y quiso disculparse. Y con su hermana Sofía también se disculparía. Sofía tan pequeña, y él le había gritado muchas veces, la última hace un

rato, justo antes de cenar. Lo haría al apenas levantarse. Volvió a cerrar los ojos con la esperanza de despertar en su cama. Los fue abriendo despacio, con temor, tan chiquiticos que sólo parecían rendijas, pero sólo le sirvió para percatarse de que seguía en el jardín de... ¿Aguir?... “Debe ser que estoy en el medio de un sueño muy profundo” pensó. “Mejor aprovecho el sueño y recorro este lugar antes de despertarme”. Se acercó a Noroc.

—¿Listo para comenzar? —le preguntó.

—Sí —respondió Andrés.

—Vamos, entonces. Noroc caminó apoyándose en su bastón, y le dijo:

—El primer sitio que vas a visitar es Talbán. Toma este cuaderno, para que anotes lo que aprendas, o cualquier cosa que te llame la atención. Puedes invitar a otros a que te escriban también. Aquí tienes lápices y colores. Todo lo que veas, por menos importante que te parezca, contendrá una enseñanza. No lo olvides. En ese momento, de unas ramas que caían como una cascada verde, del lado derecho del jardín, salió una niña, más o menos de la misma edad de Andrés. Él notó que no caminaba bien. Lentamente, llegó hasta ellos.

—Andrés, ella es Tina —dijo el viejo Noroc.

—Hola —le dijo Andrés.

—Ho-ho-ho-l-l-l-a —le contestó Tina con mucha dificultad.

—Tina, él es Andrés. Él te llevará —dijo Noroc.

—¿Yo?... ¿llevarla adónde? —preguntó Andrés.

—Ella no habla bien, pero te entiende todo —dijo Noroc, como si no hubiera escuchado lo que le dijo Andrés.

—Por favor, señor Noroc, ¿adónde voy yo?... ¿adónde va ella? —preguntó Andrés.

—Ya te dije que van a visitar Talbán. Es mejor que emprendan su camino, pues les falta mucho por andar.

—Un momento... ¿qué es Talbán, qué vamos a hacer allá?... ¡Yo no voy a ninguna parte, y menos con ella... yo no la conozco, ni la voy a cuidar! —gritó Andrés con rabia—. ¿Y tú, qué me estás viendo? —le dijo a Tina. Tina se acercó a Noroc y se abrazó de él. Se llevó las manos a los oídos, en gesto de tapárselos.

—Jovencito... domina tus impulsos —le dijo Noroc a Andrés—. Primero, no tienes derecho a gritarnos, ni a ella ni a mí. Y segundo... ¿es que se te olvidó tan rápido que estabas dispuesto a tener aventuras? Andrés se sintió avergonzado de haber perdido los estribos de nuevo.

—Disculpe —dijo Andrés con humildad—. Y tú también disculpa, Tina. Yo no soy así, en serio. Andrés tomó el cuaderno, y caminó en la dirección en que el viejo le había señalado.

—¡No tan rápido! —le dijo Noroc—. Recuerda que Tina camina despacio. Andrés se acercó a Noroc.

—¿Y por qué ella tiene que venir conmigo, si ella no estaba en mis sueños de aventuras? —preguntó.

—Todo lo entenderás a su debido tiempo —contestó el viejo. Andrés se sintió incómodo. ¿Por qué tenía que llevar a una niña que no conocía, que caminaba mal y despacio, y encima de todo tampoco hablaba bien?... Hizo el último intento por despertarse. Nada. ¿Qué hacía él, Andrés, con una niña que jamás había visto, que quizás jamás volvería a ver?... Y encima de todo, caminando lento, sin saber hacia dónde ni por qué iba. “Esto no fue lo que le pedí a la estrella fugaz” pensó, a la vez que se pellizcaba más fuerte el brazo. Sintió dolor. ¿Será que no estaba dormido?...

—¿Qué más da que sea un sueño o que realmente estés despierto? —le preguntó Noroc como si le hubiera leído el pensamiento—. Tú estabas fastidiado, y deseabas más que nada tener una aventura, la que fuera. Y ahora que tienes la oportunidad, te quieres despertar. ¿Qué tal si no fuera un sueño?

—¿No es un sueño? —preguntó Andrés.

—Eso también lo descubrirás a su debido momento.

—No sé si quiero soñar este sueño.

—Si es un sueño, ya lo estás soñando. Talbán queda por allá —dijo Noroc, señalando un camino verde que le daba la vuelta a un enorme árbol del que colgaban lianas

gruesas y largas. Andrés se volvió a ver si Tina estaba allí. ¡Por supuesto que estaba!, ¿a dónde iba a ir?

—¿Estás lista? —le preguntó. Ella asintió con la cabeza.

—Vamos, pues. Andrés emprendió su marcha. Cuando había dado unos veinte pasos, se percató de que Tina no estaba a su lado. Se volteó para ver dónde estaba. Habría dado apenas cuatro pasos.

—¿Tú siempre caminas así de lento? —le preguntó con rudeza. Tina lo vio y no le contestó.

No lo digo por nada —dijo Andrés sintiendo que una vez más había sido agresivo—. Es sólo para saber a qué paso debo caminar. Adaptó su paso al de ella. Tina hacía un esfuerzo por caminar más rápido. Andrés se percató de ello.

No tienes que ir rápido si no puedes, o si te cansas mucho. Total, yo no estoy apurado. “Noroc dijo que todo sería una enseñanza, hasta las cosas que me parecieran menos importantes. ¿Como cuáles?”, se preguntaba Andrés mientras arrastraba los pies, pateaba las piedrecitas y levantaba el polvo del camino. Pensó en su mamá... “me hubiera dicho que no arrastrara los pies”... De pronto, Tina le puso la mano en el hombro, y señaló hacia el cielo. Una estela blanca y brillante lo cruzaba, pero no era la estela de un avión a propulsión a chorro. Andrés quedó extasiado por la visión.

—¿Sabes qué es? —le preguntó a Tina.

—U-u-un c-c-co-mmme-ta —dijo ella.

—¡Un cometa! —repitió Andrés maravillado. Siempre había querido ver un cometa, pero cuando el Halley pasó en 1986 él aún no había nacido. Andrés tampoco sabía que los cometas se podían ver aún a plena luz del día.

—¿Sabes, Tina?, mi bisabuela me contó que ella vio el cometa Halley en 1910, y éste cruzaba el cielo de punta a punta. ¡Yo quería tanto ver un cometa! Gracias por enseñármelo. Tina sonrió. Andrés, por primera vez, se dio cuenta de lo linda que era. Tenía los ojos color miel, las pestañas largas, el cutis como porcelana y el pelo liso en varios tonos de marrón.

—De verdad, te doy las gracias por habérmelo enseñado. Venía tan distraído levantando el polvo del camino que si tú no hubieras venido, quizás no me hubiera dado cuenta. Y de haber ido apurado tampoco lo habría visto. Porque cuando camino apurado, sólo veo el piso —le dijo Andrés. Ella volvió a sonreír. —¿Te quieres sentar? —le preguntó él—. Me gustaría ver el cometa un rato. Tina asintió, y Andrés la ayudó a que se sentara sobre la hierba y abrió el cuaderno. Le dijo a la niña:

—Voy a dibujarlo, para enseñárselo a mi familia y a mis amigos.

Andrés dibujó el cometa, y luego lo coloreó. Tina lo observaba.

—¿Sabes pintar? —le preguntó Andrés.

—Ssí —respondió ella.

—¿Quieres pintar el cometa tú también aquí en mi cuaderno?

Tina tomó el cuaderno. Tenía dificultad para dibujar. Sin embargo, se concentró y dibujó su cometa. Andrés admiró la voluntad que ella ponía para hacerlo lo mejor posible.

—¡Gracias, Tina, pintas muy bien! —le dijo Andrés cuando terminó— ¿seguimos?...

Le dio la mano para ayudarla a levantarse. Se sentía feliz.

—¿Has estado en Talbán?

Tina negó con su dedo.

—¿Y qué vas a hacer allá?

—Nno ssé —contestó ella.

—¿No sabes? —preguntó él— ¿para qué vas a un sitio al que no sabes para qué vas?

—Ttú ttaammpocco —le contestó ella.

¡Era verdad! Andrés tampoco sabía para qué iba a Talbán.